



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

La guerra de Putin

Alfredo Sanz y Calabria

Academia de las Artes y las Ciencias Militares
Sección de Futuro de las Operaciones Militares

16 de abril de 2022

Desde que el 24 de febrero de 2022 comenzara la invasión de Ucrania por parte de Rusia se han publicado en múltiples medios opiniones de todo tipo sobre los objetivos que Putin pretendía.

En mi opinión, estos análisis han podido introducir más confusión que claridad por tres razones diferentes.

En primer lugar, porque en Occidente existe una tendencia creciente a confiar cada vez más en la inteligencia obtenida por medios técnicos (espacial y ciber), en vez de la más tradicional, basada en medios humanos. Es verdad que con este enfoque se obtiene una enorme cantidad de información, pero la dificultad crece a la hora de analizar todo ese conjunto de datos y, sobre todo, de ponerlos en el contexto adecuado.

En segundo lugar, porque no existen, al menos en el ámbito académico, estudios actualizados sobre la cultura estratégica rusa.

En tercer lugar, en la opinión publicada -espero que no pase lo mismo en la inteligencia clasificada- en casi ningún caso se ha distinguido entre los objetivos estratégicos, operacionales y tácticos que Rusia pretendía, creando un batiburrillo

que en poco ha ayudado a dotar de la perspectiva adecuada a lo que está sucediendo.

Estas tres razones son, en este caso sinérgicas, porque la inteligencia basada en medios técnicos es mayormente de carácter factual y por tanto más orientada a las acciones tácticas y, como mucho, operacionales. La inteligencia estratégica requiere de un grado de abstracción que, por el momento, la Inteligencia Artificial



Mapa físico de Ucrania. Obsérvese la importancia de los ríos Dnieper y Dniester y la posición de Mariupol entre el Donbas y Crimea

no está en condiciones de obtener por sí misma. Finalmente, al no disponer de análisis de cultura estratégica, resulta complejo desde el lado de la inteligencia dotar de estructura al conjunto de posibles objetivos.

De esta manera, cuando se ha hablado de los objetivos de Putin, normalmente se han quedado en el ámbito operacional, que sería un primer nivel de síntesis a partir de la información proporcionada por los medios existentes. Lamentablemente estos análisis, en líneas generales, no han estado anclados en una consideración profunda de los objetivos estratégicos y sus implicaciones, lo que ha dado lugar a visiones parciales de la magnitud del problema.

Para entendernos: lo que está sucediendo es como en el cuento del elefante y los ciegos, cuando estos, al palpar diferentes partes del cuerpo del paquidermo, lo

describen alternativamente como: un tronco de árbol, un abanico, una serpiente, una lanza o una pared; sin llegar a entender las relaciones que existen entre todas ellas.

La cultura estratégica rusa

Todas las sociedades tienen una cultura estratégica, pero no abundan en España los análisis sobre esta materia. Ni en su aspecto teórico, es decir: qué es una cultura estratégica y cómo se determina. Ni en su aplicación práctica: cuál es la cultura estratégica de un determinado país y qué debemos hacer al respecto.

Kerry Longhurst definió cultura estratégica como

«un cuerpo distintivo de creencias, actitudes y prácticas relacionadas con el uso de la fuerza, que están en manos de un colectivo y surge gradualmente en el tiempo, a través de un proceso histórico prolongado único. Una cultura estratégica es persistente en el tiempo, tiende a durar más que la era de su creación original, aunque no es una característica permanente o estática. Tiene la forma y es influenciada por los períodos formativos y se puede alterar, ya sea fundamentalmente o por partes, en momentos críticos de las experiencias de ese colectivo».

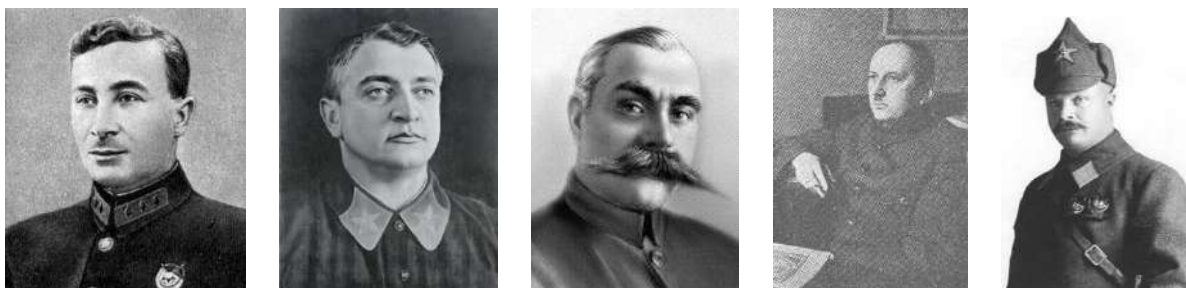
Es interesante observar cómo la cultura estratégica se conceptualizó a principios de los 70, con la finalidad de entender mejor las razones por las que la disuasión no operaba de la misma manera en dirección Este-Oeste que en la contraria. Parece obvio que, con el paso del tiempo y por razones ligadas al análisis de lo que en cada momento se han considerado las amenazas más importantes, el estudio de la cultura estratégica de nuestros vecinos del Este pasó a un segundo plano frente al riesgo, mucho más evidente en un largo periodo de nuestra historia cercana, de los terrorismos de origen salafista.

Este desplazamiento del foco, sumado a la ya mencionada primacía de la inteligencia técnica, genera una gran dificultad para entender los verdaderos motivos de Putin y de la élite dirigente rusa, que sólo pueden inferirse a partir de sus declaraciones y hechos.

Hay, sin embargo, algunas pautas que parecen mantenerse desde los tiempos de la guerra fría y que conviene resaltar.

En primer lugar, debemos recordar que el arte operacional aparece, precisamente, en la Unión Soviética tras la primera Guerra Mundial, y su autoría intelectual está ligada a autores de la talla de Triandafilov, Tukhachevsky, Kamenev, Svechin y,

muy particularmente, Frunze, quien da nombre a la Academia de su nombre, muy influyente en el pensamiento militar desde su creación.



Triandafilov, Tukachevsky, Kamenev, Svechin y Frunze. Los padres del Arte Operacional soviético

Otra de las pautas que tiene relevancia en este caso es que la extinta Unión Soviética desarrolló una completa teoría de la decepción (*maskirovka*) que está bien arraigada en todos los niveles de planeamiento y conducción de las operaciones. En Occidente no existe una cultura similar en este campo, con la salvedad de las operaciones especiales. De hecho, es muy difícil encontrar publicaciones doctrinales en el conjunto de la OTAN sobre este tipo de actividades.

Además, y ya en el nivel estratégico, es bien conocido el alto desarrollo que tuvo todo lo relacionado con la propaganda tras la Revolución de Octubre, tanto en sus aspectos más instrumentales como en los que configuran el fondo de la cuestión.

Entre los primeros destacan el establecimiento y subvención de medios afines y organizaciones que, de una u otra manera simpatizaban con el ideario que se pretendía difundir. Este modo de actuar puede observarse hasta nuestros días en el ámbito mediático, cuyo mayor exponente es la emisora *Russia Today* (RT) y todas las que la siguen, así como la alta penetración en las redes sociales de determinadas agencias estatales y paraestatales.

Así mismo, las operaciones de influencia se extienden al patrocinio más o menos velado de nuevos «compañeros de viaje» que, si bien en el pasado fueron de carácter comunista, hoy puede decirse sin ambages que se encuentran entre los nacionalistas de nuevo cuño y los movimientos totalitarios y estatistas, cualquiera que sea su color.

En cuanto al fondo de la cuestión, históricamente Rusia se ha destacado por su capacidad para crear lo que más recientemente ha dado en llamarse relatos o narrativas que, en algunos casos, desvirtúan la realidad; y en el peor de ellos la recrean, dando paso en su caso más extremo a lo que conocemos por «posverdad».

Finalmente, cabe destacar que existe una clara disincronía entre el tempo ruso -en general el de cualquier gobierno autocrático-, y el de las democracias liberales, como consecuencia de los propios ciclos electorales. Mientras que en Occidente es difícil definir una estrategia activa y mantenerla en el tiempo, contentándonos en el mejor de los casos con estrategias reactivas, las autocracias han sido históricamente más capaces de establecer y perseguir objetivos estratégicos en periodos prolongados.

En consecuencia, para entender qué pretende Putin, parece recomendable fijarse en sus hechos, más que en sus palabras, por un lado. E iniciar el análisis desde el punto de vista de la estrategia antes de entrar en el nivel operacional.

Hechos, no palabras. Los objetivos de la estrategia rusa.

A la vista de todo lo anterior parece evidente la necesidad de separar cuidadosamente los hechos de las palabras, revisar el registro histórico, y ampliar el foco, de manera que Ucrania sea sólo un punto en el mapa y no lo llene por completo.

Además, teniendo en cuenta que Putin está considerado como un buen jugador de ajedrez, es probable que en la definición de sus objetivos trate de crear dilemas estratégicos que le permitan avanzar en dirección a sus fines principales, por lo que sería necesario establecer una cierta categorización entre los mismos. Crear un árbol de decisión, en suma.

Así, en las declaraciones de Putin al comienzo de la campaña destacan algunos mensajes que hay que poner en perspectiva.

Ucrania no debe entrar en la OTAN ni en la UE. No parece que sea un verdadero objetivo estratégico, toda vez que ninguna de las dos organizaciones ha aceptado entre sus filas a ninguna nación sobre la que pesaran reclamaciones territoriales como las que el propio Putin creó con la anexión de Crimea y el apoyo a la autodeterminación de Luhansk y Donetsk. Este objetivo, sin embargo, crea un dilema estratégico a la Alianza y a la Unión, que se ven obligadas a aclarar una postura que, en ocasiones, ha sido ambigua.

Rusia debe proteger a la población rusa en Ucrania. Tal vez pudiera ser un objetivo estratégico, no por Ucrania en sí misma, sino por el mensaje que mandaría a toda la comunidad rusófona. Sin embargo, parece que no todos los rusos en Ucrania están dispuestos a ser liberados por Putin, lo que puede indicar un garrafal fallo de inteligencia sumado a lo que en inglés se denomina *wishful thinking*; o, una vez más, que en realidad no era un objetivo estratégico principal, sino otro

secundario destinado a crear dilemas, en este caso dentro de la población ucraniana que, de esta manera, debería decantarse en una dirección o en la contraria.

Rusia debe controlar su patio trasero. Este objetivo tiene dos vertientes. Por un lado, el del control físico del territorio, lo que parece poco probable por la extensión de Ucrania y el fuerte espíritu nacionalista que ha desarrollado el pueblo ucraniano desde su independencia; lo que implicaría que el coste que debería asumir Rusia en el futuro probablemente no compensara los que podría obtener por métodos en principio más baratos. Por otra parte, desde la caída de Yanukovich es evidente el afán ruso por deponer al gobierno ucraniano y sustituirlo por uno más cercano a sus propios intereses. En esta línea, es probable que Putin definiera como objetivo estratégico el de desestabilizar al gobierno ucraniano con la finalidad de alentar un golpe de estado. En este caso, cabría esperar que los objetivos operacionales derivados lo sean en el ámbito cognitivo; mientras que los militares fueran puramente de apoyo. Esto explicaría, en parte, la idea de la campaña relámpago de la primera fase. En cualquier caso, y como veremos a continuación, sería un objetivo secundario.

Entramos ahora en el terreno de los objetivos no declarados, o declarados sólo en la tercera fase de la campaña.

Rusia debe controlar el Donbás, Crimea y crear un corredor entre ellos. Probablemente sea uno de los objetivos principales de Putin, pero para entender por qué hay que remontarse al menos diez años atrás y trasladarnos a África.

Históricamente Rusia ha tratado de ser una autarquía: la extensión de su territorio y la riqueza en materias primas así se lo han permitido. Además, a diferencia de Occidente, que ha externalizado buena parte de su industria, Rusia sigue manteniendo un sector industrial relevante; lo mismo pasa con el científico. El problema es que las tecnologías del futuro requieren de los así llamado «minerales estratégicos» y, en este caso, no todos se encuentran en Rusia o, al menos, no en la cantidad o al precio de interés.

Ante esta situación Rusia hace años que inició una agresiva campaña neocolonialista en África, al rebufo de China, que ha dado origen a varios conflictos, principalmente en la zona subsahariana donde la presencia de *Wagner*, la compañía de contratistas rusos, está bien documentada. El objetivo de esta campaña es y ha sido el acceso y control de estos minerales estratégicos.

El siguiente paso se produjo después del derrocamiento de Gaddafi en Libia. Rusia apoyó a Khalifa Haftar en la última fase de la guerra civil posterior. El objetivo

evidente es el de ganar una salida al Mediterráneo que le permita la exportación de estas materias primas de una manera sencilla.

Más o menos al mismo tiempo, y de una manera mucho más abierta que en el caso de Libia, Rusia apoyó a Bachar el Assad en la guerra civil que se libraba en Siria. A cambio ha conseguido la cesión de la base de Tartus para los próximos decenios, desde la que se controla el Mediterráneo oriental.

En la creación de este «collar de perlas» la siguiente cuenta es el Bósforo. Esto explicaría la venta de los S-400 a Turquía y la crisis subsiguiente en el seno de la OTAN.

Con esta ruta logística ya en el Mar Negro, tiene todo el sentido la anexión de Crimea, porque Rusia no tenía puertos en este mar. La base de Sebastopol es clave, por tanto, no sólo desde el punto de vista militar, sino también desde el comercial.

La península de Crimea está unida con Rusia por el puente del mismo nombre que cruza el estrecho de Kerch a lo largo de 19 Km. En principio la capacidad de este puente sería suficiente para completar la ruta logística que venimos dibujando, pero es evidente su vulnerabilidad tanto a las causas naturales como a acciones intencionadas por parte de cualquiera de sus potenciales adversarios. Un elemental sentido común indica la necesidad de buscar y, en su caso, crear rutas alternativas. Esta ruta alternativa pasa por el Donbás, parcialmente controlado por Rusia desde 2014, y por el pasillo que une Luhansk y Donetsk con Crimea; y donde, casualmente, se encuentra el puerto de Mariupol.

De unirse el Donbas con Crimea, el mar de Azov sería un mar interior ruso.

En el momento de escribir estas líneas, ya en la tercera fase de la campaña, este objetivo se ha hecho público.

Rusia debe debilitar aún más a Europa. La relación de Putin con la Unión Europea es, cuando menos, ambigua y ha pasado por diferentes etapas. Tras una primera fase de acercamiento, en la que Rusia llegó a tener incluso una delegación permanente en la OTAN, Putin se sintió rechazado y es probable que desarrollara un cierto desprecio por una cultura que considera intrínsecamente débil. Desde entonces se han documentado múltiples ocasiones en las que bien de manera directa o a través de agencias paraestatales, Rusia ha tratado de debilitar Europa mediante acciones por debajo del umbral que podría desatar un conflicto abierto. Así, la intervención en determinados procesos electorales o el apoyo a partidos anti europeos han sido las palancas principales, pero no las únicas para lograr este objetivo.

En estas condiciones no cabe duda de que, tras la crisis financiera de 2008, la escasa respuesta occidental a la anexión de Crimea y el intento de secesión del Donbas en 2014, la crisis del COVID-19 y la retirada de Afganistán, que ha venido a demostrar la debilidad de Occidente, Putin haya pensado que era el momento de asestar un golpe de gracia a Occidente.

Este objetivo tiene tres claras vertientes. En primer lugar, porque las sanciones, que el Kremlin seguramente ya preveía, probablemente afectarán más a Europa que a la propia Rusia, toda vez que China nunca se sumaría a las mismas y probablemente adquiriera todo lo que deje de vender a la Unión Europea. En segundo lugar, porque independientemente de que Ucrania entre o no en la Unión, salvo en el caso de que Rusia pierda claramente la guerra y se le imponga el pago de una restitución –lo que es poco probable–, será Europa quien pague la reconstrucción, debilitando aún más su ya maltrecha economía. En tercer lugar, porque, al igual que ocurriera cuando Rusia entró en Siria, la avalancha de refugiados hacia Europa pondría a Europa en una situación tan compleja como la que se vivió en 2018.

Rusia debe cuestionar el sistema de relaciones internacionales vigente.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial las relaciones internacionales se han articulado en un sistema cuyo foro principal era la ONU –una idea occidental, a fin de cuentas– y cuyo epicentro era el Consejo de Seguridad, en el que China y Rusia han jugado, normalmente, un papel defensivo. En el momento presente, con el ascenso de China y el cuestionamiento general del orden democrático liberal, se ahonda la crisis de las Naciones Unidas, la parálisis de su Consejo de Seguridad, así como de todas las organizaciones nacidas de *Bretton Woods*, y una más que probable reestructuración del sistema de relaciones internacionales. En este sentido no sería de extrañar que la invasión de Ucrania, al fin y a la postre, no fuera, además de todo lo anterior, el punto de inflexión en esta tendencia.

A modo de conclusión

A estas alturas son clamorosos algunos de los fallos de inteligencia que se han cometido. Como suele ocurrir en los sistemas complejos, estos fallos no pueden atribuirse a una única causa.

Parte del problema puede achacarse a un descuido prolongado por parte del ámbito académico de los análisis de cultura estratégica, que sería necesario retomar. Además, y hasta que la Inteligencia Artificial progrese lo suficiente en el nivel de abstracción, los análisis de nivel estratégico, aunque apoyados por medios técnicos, deben seguir realizándose por medios humanos, si bien sería conveniente actualizar enfoques y metodologías, que en muchos casos siguen ancladas al pensamiento propio de la tercera revolución industrial.

Finalmente, parece evidente que al menos en la opinión publicada, hay un amplio espacio de mejora en lo que a cultura de defensa se refiere, al menos en cuanto a las bases metodológicas que hubieran permitido mayor rigor en el análisis y, lo que es más importante, perspectiva; específicamente para distinguir entre los diferentes niveles de conducción de las operaciones.